

ESTUDIOS CIENTÍFICOS

ENSAYO DE FISIOLOGÍA PROVINCIAL

FUNDAMENTO

Discurriendo sobre la suerte de los pueblos y la conducta de los Gobiernos, y tratando de indagar las causas de los frecuentes conflictos que entre unos y otros ocurren, parecióme que podía designarse como una de tantas la falta, por parte de éstos, del perfecto conocimiento de la índole de aquéllos. La Historia nos confirma con innumerables ejemplos esta idea que, aun sin el conocimiento del pasado, germina en la mente de todos, por la sola experiencia de las revoluciones de que hemos sido testigos presenciales. De ahí, pues, se induce un axioma importantísimo de la ciencia de buen gobierno, á saber: *todo Gobierno debe tener el conocimiento más perfecto posible de la naturaleza de los pueblos que gobierna*, axioma cuya verdad estriba en la propia naturalidad, en su misma sencillez; como en estas cualidades se apoya la verdad incontrovertible de todos los axiomas fundamentales de ciencia, y que, como éstos, tiene una importancia mayor ó menor en proporción del desenvolvimiento que se acierte á darle, bien así como la semilla posee latente en su simplicísimo germen una importancia que solo á compás del desarrollo va aumentando.

Definición: Determinación de la fórmula.—Hallado el axioma, conviene buscar el punto inicial de su *desarrollo metódico*, ó sea la fórmula general aplicable á la determinación de la *Fisiología provincial* ó *ciencia de la naturaleza de cada pueblo en particular, individualizado, bien sea por la unidad que le imprime el carácter geográfico de la región que habita*. Sin reparo aplico un nombre y establezco una definición, en la confianza de que las personas ilustradas no creerán por esto que abrigo pretensiones de fundar una ciencia nueva, sino que juzgarán que solo aspiro (como en realidad es así) á proponer una nueva aplicación de conocimientos que llevan ya largos siglos de existencia.

Los pueblos, como los individuos, no se definen por atributos de un solo orden tomados al azar ó aisladamente, sino por el triple radical de las manifestaciones de sus tres vidas, á saber: de su vida moral, de su vida intelectual y de su vida física. Si después de un frío y escrupuloso examen acertamos, por la vía sintética, con ese radical, esto es, con el elemento fundamental, continente imperante de cada una de las tres vidas, en la raza (ó en el individuo) que estudiamos, podremos juzgar que hemos hallado la *fórmula* definitiva del tipo complejo que deseábamos conocer. Verificado ese primer trabajo inductivo, el desarrollo del estudio fisiológico se realiza con facilidad, claridad y sencillez, como efecto natural de aquella inducción preparatoria.

UTILIDAD

El estudio de aplicación de que me ocupo, verificado en la justa medida del buen sentido, podría ser á un tiempo garantía de gran valor para los Gobiernos y para las provincias, firmísimo apoyo de la unidad de la nación, por lo mismo que, descentralizando hasta un término racional, prudente y necesario, proporcionaría gran vigor y desarrollo á la vida provincial en la esfera de su propia naturaleza, y la nación amaría más al Estado cuanto más viese transformada en solícita y cuidadosa madre la ruda é intratable madrastra de pasados tiempos; y, finalmente, sería para los Gobiernos un suave manubrio con que moderarían por medios racionales las malas cualidades de algunos pueblos, y activarían el ejercicio de las buenas que los mismos tuvieran; que al fin, ni el loco por la pena es cuerdo, ni al niño se le hace dócil por los golpes, ni por la fuerza se corrige á un pueblo.

En resumen: la Fisiología provincial puede aspirar á dar importantes resultados: que los pueblos conozcan lo que son; que el hombre de Estado comprenda lo que valen.

APLICACIÓN

Ensayo fisiológico de Cataluña.—Siendo como es la aplicación piedra de toque del método, hagamos ensayo del que acabo de establecer sobre el Principado de Cataluña. Mi tierra natal me puede dispensar esta libertad que con ella me tomo, toda vez que cuando se trata de algún medicamento ó remedio nuevo, nunca me propaso á hacer de él aplicación á cuerpo ajeno, sin haber antes experimentado sus vir-

tudes fisiológicas en el mío propio. Aquí mi propio cuerpo es mi provincia.

El ensayo que ofrezco es el resultado *sencillo* del método *complejo* que acabo de fundar; y si le presento muy condensado, es precisamente porque hallada la *fórmula*, pueden sus derivaciones, combinaciones y deducciones multiplicarse cuanto se apetezca, sin necesidad de que el mismo autor descienda á triturarlas y desleirlas, y porque este trabajo no es en sí la producción de un cuadro, sino antes bien, conforme lo han indicado personas de muy claro juicio, es como un rayo de luz dirigido sobre el cuadro ya existente en la naturaleza.

Fórmula.—El pueblo catalán, en el orden moral, es bueno; en el orden intelectual, *tiene intuición*; en el orden físico, está sujeto á un manifiesto predominio ó *temperamento bilioso*.

Derivados simples.—Por la primera de estas cualidades es amigo del orden y de la justicia, piadoso y caritativo, respetuoso y sumiso con la autoridad, y olvidadizo de las ofensas que recibe. Por la segunda es entendido en el trabajo, sintético en el saber, sentencioso y lacónico en el decir, firme en sus convicciones, aficionado á soluciones prácticas, y muy propenso á fundar el derecho de autoridad en la superioridad del talento y las virtudes. Por la tercera es adusto, melancólico, iracundo, arrebatado é imprecador; es satírico hasta el sarcasmo, y fácilmente se asume el derecho de revolución, cuando, á su juicio, faltan á la autoridad aquellas cualidades en que él funda el derecho de ejercerla. Quien desee conocer la indole bondadosa y pacífica de los catalanes, que lea la historia del Parlamento de Caspe; el que dudare de su recto juicio, que vea cómo logró Don Juan II entrar en Barcelona en 1472, sin emplear más fuerza, de la mucha que traía, que la fuerza del convencimiento; el que quiera saber hasta dónde llega el paroxismo de la cólera en ese pueblo tan pacífico y sesudo, que abra las páginas en donde se relata aquella decantada victoria de Don Felipe V, que forma la epopeya del vencido.

Síntesis del tipo.—Posee el catalán una personalidad muy vigorosa, efecto combinado de su bondad, su inteligencia y su temperamento. Por esto su naturaleza es incompatible con toda servidumbre incondicional, así en el orden político como en el militar, así en el social como en el familiar ó doméstico. El catalán vive por el derecho; los anales de Cataluña son la historia en compendio de las instituciones liberales, y cuando en el mundo la libertad se perdiere, de nuestros campos brotarían *Usatges*. Este mismo vigor de personalidad nos ex-

plica por qué tiene Cataluña una fuerza de asimilación tan intensa de todo elemento extraño, al paso que el catalán fuera de su país conserva su tipo en cualquier parte.

Derivados compuestos con predominio moral.—En medio de la guerra, en el vértigo del combate, en lo más intenso del paroxismo de la bilis, la natural bondad del catalán puede levantarse hasta el heroísmo, llegando á ser á un tiempo héroe de caridad y de exterminio. ¡Preguntad, si no, á los ancianos de la inmortal Gerona cuántos de sus defensores fueron muertos ó heridos por la temeraria abnegación de ir á recoger, de entre los escombros de las murallas y los fosos, á los heridos franceses, abandonados por los suyos á una muerte segura!

Á esa magnanimidad, que modera constantemente la cólera del catalán, se debe que los hijos de Cataluña aborrezcan la alta traición, y de ahí que combatan contra los Reyes y contra los Gobiernos lealmente, cara á cara. Si Berenguer el Fratricida y la madre de Fernando el Católico pudieran revivir, les harían justicia en este punto, él á los nobles, ella á los plebeyos.....

Derivados compuestos con predominio intelectual.—La inteligencia profundamente intuitiva de los catalanes nos explica por qué son tantos los que se han distinguido por el fondo, al paso que tan pocos los que han brillado por la galanura del pensamiento. Se ha dicho que los catalanes tienen grande disposición para las ciencias físicas y exactas, pero muy escasa para las ciencias morales, literatura y nobles artes; esto es un error. Procuraré explicar lo que quieren ó lo que deberían querer significar los que tal afirman. El catalán es por índole amigo de verdad, y su país le obliga y habitúa á dar la preferencia á las *verdades prácticas* (que no es esto lo mismo que verdades del orden físico ó experimental). Su certera intuición viene en auxilio de sus sentimientos y necesidades, y le ilustra para eliminar con rapidez instantánea todo lo que encuentra inútil en la manifestación del pensamiento. Así califica la flor de la oratoria, no por la hermosura de sus pétalos, sino por la sanidad del oculto grano que encierra su pistilo. Tal es el catalán en punto al pensamiento. Arregad al pueblo, decidle vaciedades grandilocuentes y arrebatadoras, y muy pronto oiréis de mil bocas aquel dicho tan vulgar entre nosotros: *echad un pedazo de esto en el puchero*, que resume fielmente cuanto acabo de exponer.

Así, pues, la verdad histórica, la verdad incuestionable, es que así como en ciertos países los filósofos poetizan, en Cataluña hasta los poetas y artistas son profundos filósofos. El florido trovador de

la democracia española cree que los catalanes son, en cierto modo, los franceses de España; yo creo por el contrario que la Cataluña, ni es la Francia con su escasa intuición, ni la Germania ibérica con el culteranismo metafísico de allende las Galias; sino que es, si se quiere, con más propiedad, la Escocia de nuestro Reino Unido.

Esa misma inteligencia que domina las ideas y las palabras del catalán, domina igualmente su capital en la esfera económica. Créese que el catalán es avaro; esto no es exacto. El catalán ni es avaro ni pródigo: es pundonoroso y sabe gastar, es precavido y sabe retener.

Los que creáis que Cataluña es avara, venid á estudiar de cerca los actos de la vida pública de sus habitantes y seréis con ella más benignos. En este término medio, efecto de la inteligencia práctica y previsora que domina la índole y el temperamento, tiene su explicación el singular fenómeno de que entre los catalanes, tan laboriosos, activos y emprendedores, no descuellen esos fabulosos capitales de primer orden, que en gran número vemos aparecer en otros países; pero esa misma circunspección nos explica también la razón de existencia de un elemento que Cataluña posee, y que es, por cierto, bien envidiable: en Cataluña hay pan para todos; en este país todo el mundo se jacta de tener cuatro duros para tirar, como aquí se dice. He aquí cómo la misma causa que impide la intemperante y peligrosa manía de ser gran banquero, sostiene y sostendrá siempre esa poderosa clase media, apoyo del orden en tiempo de paz, sustento de los ejércitos en tiempo de guerra.

Derivados compuestos con predominio del temperamento.—El catalán no es alegre, locuaz, expansivo, sino al contrario, sombrío, taciturno, concentrado, por efecto natural del temperamento bilioso, que es el que más deprime el espíritu en tiempos normales. Por esto su lenguaje es áspero y contraído. Pero se dirá: ¿cómo se concibe que la lengua catalana haya producido por boca de hombres sin cultura esos memorables rasgos de elocuencia militar y revolucionaria, que son á la vez modelo de formas y riquísimo tesoro de imágenes? Por un efecto opuesto del propio influjo del temperamento.

El catalán que por conciencia y por convicción ama apasionadamente la justicia, centuplica por la cólera todas sus facultades, llega á sobreponerse á sí mismo á la vista de sus derechos conculcados; bien como la débil madre adquiere fuerza hercúlea para arrancar del peligro al hijo de sus entrañas. Respecto de la poesía, domina en ella esa tristeza indefinible que expresamos con la palabra *melancolía* (1), y en cuanto á la música, los cantares del pueblo catalán lle-

(1) Palabra griega que significa *negra bilis*; *atrabilis*, en latín.

van el mismo sello; son como las melodías de Bellini; tristes cuando exprimen un pesar del alma, y más tristes aún, cuando pretenden ser alegres y expansivas.

Mas si el catalán no es de suyo animado y expansivo, es, no obstante, muy dado á diversiones y espectáculos; ya porque todo pueblo activo siente la necesidad de recreo en los días de holganza, ya porque es peculiar de los temperamentos biliosos buscar la distracción del espíritu, como para aliviarle del influjo deprimente del cuerpo. He aquí por qué el pueblo catalán, sin ser alegre, es dominguero y amigo de diversiones y fiestas. Siendo de advertir que, consecuentemente con su carácter, al paso que gusta muchísimo de ser espectador, le repugna hondamente ofrecerse en espectáculo.

Por lo que dice relación con su naturaleza física, el pueblo catalán siente todavía más la influencia de su temperamento: la experiencia le prueba que éste no le permitiría entregarse á la intemperancia habitual, sin grave daño, y su buen juicio y su moralidad le aconsejan abstenerse de ella. Admirable es la igualdad que reina en este punto entre las varias clases de la sociedad; idéntica es la base de alimentación para todas las familias, incluidas las más indigentes. Así, el catalán es sobrio y metódico por necesidad y por convicción, y esta es una de las altas cualidades que le han valido la justa fama de morigerado de que goza.....

Origen de la individualidad catalana.—Es muy difícil determinar hasta qué punto la individualidad provincial catalana depende de la colectividad de raza ó de la unidad geográfica del territorio que ocupa; pero aparte de esta dificultad, superable por el estudio, es evidente que la aridez del terreno activa la inteligencia del catalán por la necesidad, excita su temperamento por la contrariedad y le mantiene bueno por el trabajo. Así, podemos decir, aplicando á este caso una regla bastante general, que Cataluña y el catalán se producen y confirman mutuamente.

OBSERVACIONES

Autes de concluir este ensayo haré tres observaciones que considero importantes:

Observación 1.^a—Sin embargo de que á ninguna persona medianamente ilustrada le ocurrirá combatir lo que dejo establecido, diciendo que en Cataluña hallamos, dentro de esa generalidad, hombres de diferente índole, de capacidad distinta y de diverso temperamento, observaré que en cambio, y como prueba plena de lo legítima que es

la fórmula de la naturaleza que dejo determinada, en donde quiera que se halle un individuo que reuna en su naturaleza aquellos tres factores, allí veréis á un hombre que comprende y estima á los catalanes y es estimado y comprendido por ellos; á un hombre, en fin, que es catalán sin serlo. Por poco esfuerzo que el lector ponga de su parte para encontrar un ejemplo, le hallará en quien, sin ser catalán, y adivinando nuestra naturaleza por la suya, ha reivindicado en favor nuestro el derecho que tenemos al aprecio y respeto de los demás.

Observación 2.^a—Fácil me hubiera sido presentar un cuadro sinóptico del arte de gobernar á los catalanes; pero he creído más prudente omitirlo; ya porque me parece entrever que esta no es la única aplicación de mis nuevos estudios; ya porque juzgo más atinado que ese resultado práctico definitivo surja de la fisiología comparada de todas las provincias. Entonces las deducciones prácticas serán imponderablemente más fecundas.

Observación 3.^a—Si no me he referido ni una sola vez á las demás provincias de España, tanto próximas como remotas, ha sido porque habría de emitir sobre ellas un juicio parcial, ó extenderme á un estudio completo; en el primer caso me exponía á parecer inexacto y aun en algunos asertos ofensivo; en el segundo caso rebasaba los límites de mi propósito, trazados por la conciencia de mis actuales fuerzas. ¡Ojalá que personas *perfectamente* conocedoras estudien y den á luz la *fisiología* de las demás *provincias españolas*, antes que yo me crea con bastante competencia para publicarla. Entonces podremos fundar la *fisiología general de España*; entonces será hora de injertar esa nueva y fecunda rama en el tronco secular de la ciencia de buen gobierno.

CONCLUSIÓN

Hay quien critica el amor á la provincia, hay quien sueña con la ciudadanía universal; habrá, por lo tanto, quien se subleve contra el espíritu de mi trabajo y la tendencia del periódico en que se publica; pero aparte de que en el mundo las utopías mueren y las provincias naturales subsisten y subsistirán, observaré de antemano que así como antes que el prójimo es el amigo, y antes que el amigo la familia, así también antes que al orbe amo á la nación y antes que á la nación á la provincia.

(Núm. 1.^o de la *Revista de Cataluña*, periódico quincenal.—*Barcelona*, 1862.)

NECROLOGÍA DE D. JUAN AGELL (1)

SEÑORES:

En el interior de una casa, que á manera de puente corta al través la angosta calle del Mesón de Manresa, una de las innumerables y accidentadas callejas que forman los costillares de nuestra vetusta *Argenteria*, hube de ser, el día 1.º de abril de 1868, testigo y parte de una escena que en la vida se borrará de mi memoria. Administrábanse á un amigo querido los Santos Óleos, misterioso reactivo con que nuestra religión sublima el alma en medio de la gangrena general del cuerpo; y en tanto que la familia del agonizante, apartada á duras penas, gracias al rigor de amigas manos, de aquel espectáculo de desahucio extremo, lloraba á grito herido la certidumbre de su mayor desdicha, habían quedado conmigo, junto al lecho del dolor, varios de los más solícitos enfermeros, entre quienes se contaban mi maestro de Psicología y dos discípulos míos de Anatomía, republicano demagógico muy conocido el uno, y exzuavo pontificio el otro.

Mudos permanecíamos todos y extáticos ante un cuadro que al más bullicioso paraliza y al más supino obliga á filosofar, y solo turbaba aquel significativo silencio el rezo del sacerdote, formando el pedal, y el asma gutural del moribundo, llevando la *battuta* de aquel íntimo y doloroso concierto.

A largos pasos echéme á cruzar la estancia, poseído del desesperado frenesí que el médico experimenta al verse impotente para salvar una vida, cuando á poco hice alto en que mis tres compañeros se habían hincado de rodillas y oraban..... ¡Nunca, nunca, señores, en mi vida profesional he sentido coligados en torno mío tantos elementos de desencanto juntos! Mi maestro, el profundo conocedor de la filosofía del alma, no había hallado en aquel conflicto más solución que orar.....; mis discípulos de filosofía del cuerpo, mis discípulos,

(1) Leída en la sesión pública celebrada en Barcelona el 29 de junio de 1871 en el salón principal de la Casa Lonja, con el objeto de honrar su memoria.

con ser tan honda su divergencia de ideas y sentimientos, y tan firme la confianza científica que ambos á dos tenían puesta en mí, no hallaban más solución que orar.....; el sacerdote mismo, el representante allí del Dios de las maravillas y de la inagotable potencia, no hallaba más solución que orar.....; ¿qué recurso, pues, me quedaba, en medio de aquel universal abandono, sintiéndome desarmado y cara á cara con la muerte que, viéndose en posesión segura del cuerpo de mi amigo, le estrujaba ya con su nervuda mano el corazón?..... Por momentos sentí como si toda mi esencia médica se me evaporase....., y entonces, mustio y laxo como planta agostada, dobléme por mi propia pesadumbre y oré también....., hasta que una siniestra intercadencia del estertor del moribundo me anunció que tocábamos al fin..... Levantarme, ir, ver, pulsar y recoger el último suspiro, todo fué uno..... Un instante después veíame obligado á notificar á Javier Lloréns, Juan Aleu, Juan Pelegrí y demás presentes, que nuestro buen amigo y común maestro, el Dr. D. Juan Agell acababa de morir.....!

Tal fué el singular cuadro que á mi conciencia ofreció y en mi memoria dejó por siempre grabado la agonía del esclarecido patricio en cuyo honor celebra hoy Barcelona esta sesión solemne. ¡Quién me había de decir que yo, que no pude salvar la existencia de aquella parte de él que era mortal, debería recibir el encargo de ejecutar en este día un simulacro de autopsia de aquella otra parte que de él sobrevive! Singular contraste que, á pesar del desaliento que mi poquedad para tamaña comisión me causa, ofrece en cambio á mi corazón la grata coyuntura de hacer como ciudadano por Agell lo que no me fué dado hacer como médico, contribuir á perpetuarle!

Tan solo interviniendo el corazón podía yo sentirme con aliento bastante para aceptar este cometido; porque es difícil, señores, muy difícil abarcar en perfecto conjunto el cuadro de la diversidad de cualidades y la multitud de méritos que en Agell concurrían. Mero bosquejo os doy, pues, que es cuanto alcanzo, confiando en que no ha de faltar quien un día con maestra mano lo acabe y perfeccione.

Recordemos, ante todo, quién era Agell como personalidad observada en un momento dado de su vida, á fin de que al preguntarnos la venidera juventud acerca de él podamos ofrecerle junto á su vida su personal semblanza.

Era D. Juan Agell de algo menos que mediana estatura, regular complexión, fina osamenta y blanco y transparente cútis, conjunto propio de una organización dominada por un temperamento nervioso exquisito. Coronaba la breve columna de su cuerpo una testa

que llamaré corintia porque llevaba impresa la distinción, la gracia y la facundia, siendo no poca parte á acrecentar su respetabilidad el extraordinario despejo que la prematura calvicie había dado á su frente y aquellos casi connaturales espejuelos, fuertemente dispersivos, que siempre usaba, y al través de los cuales parecía como si contemplase las cosas del mundo descompuestas ya en sus primordiales elementos, según era serena y penetrante su mirada, y pronto, claro y certero su juicio. Resplandecían en su alma estos rasgos innatos que, junto con una bondad, una firmeza y una educación ejemplares, constituían su carácter, su atmósfera, su atractivo y el secreto de su utilidad social. Frio y paciente para la investigación de la verdad y perspicuo para la apreciación de lo conveniente y justo, mostrábase, á la hora de discutir, acomodable y fluido como una sal en disolución; empero, á la hora de resolver y ejecutar, se le veía tan duro y anguloso, que no parecía sino que sus recuerdos eran cristalizaciones de su libre albedrío. He aquí los capitales rasgos físico-morales que caracterizan la personalidad de D. Juan Agell considerada como potencia estática, como simple escultura conmemorativa: veámosle ahora en acción, al través de su real existencia, con toda la variedad, con todo el aparente desorden que un espíritu activo, fecundo y movido de múltiples aspiraciones imprime á la espontaneidad de su vida; veámosle en esta vida íntegra; no la descompongamos, ya que la existencia humana, como acto que es de un individuo idéntico, constituye un hecho naturalmente uno é indivisible. Tiempo queda después, pagado este tributo á la realidad, para satisfacer sin riesgo la necesidad que nuestra razón siente de dividir y clasificar los hechos, y de discurrir acerca de su moral transcendencia.

No era D. Juan Agell hijo de Barcelona; las grandes capitales, emporios del saber y del poder, suelen infatuarse contemplando como producto suyo los hombres ilustres que en su seno brillan, cual si solo ellas tuviesen la privativa de su engendro, cuando la verdad es que la fama y poderío de todas las capitales se alimenta, en gran parte, del variado renuevo de aptitudes que del campo y la montaña les llega de continuo. De tal forastera corriente procedía en esta capital nuestro malogrado D. Juan Agell, nacido en Sanahuja, partido de Solsona y provincia de Lérida, el día 4 de enero de 1809, es decir á principios de la guerra de la Independencia. El Sr. D. José Agell y Combellas, capitán de los tercios de Cataluña y oficial de la Secretaría de Estado y del Despacho de la Guerra en la Junta Suprema de este Principado, fué su padre, y por madre hubo á la señora doña

Engracia Torrents y Palmés, hija de una distinguida familia de San Vicens de Saball de esta provincia. A poco de nacido Juan Agell, en abril del propio año, falleció su padre en Tarragona de unas fiebres malignas que allí reinaban, como si Dios juzgara que para tan bien engendrado hijo bastaba con los cuidados de la madre. Al amor de ella crióse Agell hasta los nueve años en Sanahuja, recibiendo del Rvdo. Antonio Serra la enseñanza primaria, y mereciendo la superior tutela de dos señores canónigos, tíos suyos maternos, muy ancianos ya, y que, retirados en Sanahuja, distraían en aquellos paternales cuidados la penosa antesala de la muerte. Lejos de mí el propósito de encomiar las buenas prendas que el niño Agell revelaba; pues si es cierto que algunos de los que en la infancia prometen, luego más tarde no cumplen, no lo es menos que aquellos que crecidos brillan siempre, ofrecieron en la niñez promesas de sus futuros destellos.

A la edad de nueve años fué Juan Agell llamado á Barcelona por su abuelo paterno, sin duda por sugestión que este señor sentía de su propia flaqueza, ya que á los dos años falleció, dejando heredero á su nieto.

Desde luego y bajo la inmediata dirección de su señora madre empezó Agell la segunda enseñanza, estudiando unas materias en el Seminario Conciliar y otras con profesores privados, hasta que, en el periodo de 1825 á 1830, revelada ya de una manera clara su vocación por las ciencias físico-naturales, y en virtud de dilatados estudios de Física y Química, seguidos en las escuelas que la Junta de Comercio tenía en esta Casa Lonja, bajo la respectiva dirección de los ilustrados profesores D. Pedro Vieta y D. José Roura, formó el primer caudal de su reputación científica, sosteniendo con brillo diversos exámenes públicos y conquistándose en ellos valiosos premios.

Coyuntura feliz halló Agell en aquella época para adquirir relaciones con el sapientísimo naturalista tarraconense D. Antonio Martí y Franqués, quien, octogenario y todo, mostraba gran placer en referir al mozo Agell sus preciosas observaciones acerca de la constitución del aire atmosférico y sus originales ensayos sobre generación de las plantas, resultando de aquel íntimo trato que Agell, bajo la natural fascinadora influencia del anciano observador, se afirmó más y más en su vocación espontánea, llevando desde entonces hasta el entusiasmo ferviente lo que antes era inclinación tranquila. Y tan provechoso le fué este influjo que, habiendo en aquella sazón pasado su señora madre á mejor vida y quedando por tanto Agell solo, libre, con caudal y á la edad de veintidós años, lejos de enviciarse y

degenerar, ordinario escollo de los que en tal situación quedan, emprendió inmediatamente el estudio de la Zoología y la Botánica en compañía de sus dignos camaradas Arrau y Carlos Martí, sobrino éste del sabio antes citado, y bajo la dirección del ya eminente naturalista Mariano de la Paz Graells, habiendo tenido todos juntos el buen acuerdo de dar á las lecciones un carácter peripatético, es decir, de estudiar en los jardines mismos, donde hallaban á un tiempo el *Museo* de la naturaleza y el *Pórtico* de la discusión.

En 1832, D. José Arrau, que á su vocación artística ha reunido siempre un verdadero espíritu de ilustración general, trajo de regreso de una excursión á Italia la explicación del aparato electrós-copo-atmosférico inventado por Volta; y con ello le bastó á Agell para construir uno, modificándolo y haciendo por su medio una serie de observaciones y experimentos comprobantes de los consignados por Volta y además otros muchos nuevos.

Ya en esto Agell conoció que para ser cumplido físico no le bastaba con el espíritu de observación y la perseverancia experimental, sino que necesitaba además conocer y dominar aquella ciencia que partiendo, no de lo que es, sino de lo que debe ser de las cosas en función de cantidad, imprime á la física un sello de precisión extrema y un soplo de fecundidad prodigiosa. Dióse, pues, con aliento al cultivo de las Matemáticas, bajo la dirección de D. Onofre Jaime Novellas, el más aventajado profesor que en aquel tiempo ejercía aquí tan útil enseñanza.

Reconocido era ya entonces el mérito de Agell, con todo y faltarle aún el antedicho complemento de sus estudios físicos; y en prueba de ello consignaré que en 30 de marzo de 1833, mientras estaba cursando Matemáticas, fué Agell nombrado socio residente de nuestra célebre Academia de Ciencias naturales y Artes, donde se reunía lo más culto y sabio que en ambos ramos Barcelona encerraba. A tal distinción procuró corresponder el joven titulado, presentando al poco tiempo una *Memoria sobre las leyes que deben determinarse para elevar á verdadera ciencia la Electrodinamia*, que es por cierto un trabajo notable, ya porque marca bien hasta qué punto estaba Agell á la altura de los conocimientos positivos de la época, ya porque en aquel escrito se halla el germen de sus ulteriores trabajos sobre la dinámica eléctrica y el de la pasión que toda su vida tuvo por el estudio de los fluidos imponderables.

Y á propósito de aquella época brillante de la Academia de Ciencias naturales y Artes, no puedo menos de referir aquí un hecho del que D. Juan Agell, en los momentos de intimidad científica que en

sus últimos años le merecí, se me había lamentado con razón sobrada; y fué que, habiendo su ilustrado y animoso consocio, D. José Antonio Llobet y Valllosera, propuesto á la Academia el bellissimo proyecto de formar la *Estadística científica de Cataluña*, corriendo á cargo de D. Juan Agell los trabajos de alturas y nieves perpetuas, geografía descriptiva é hidráulica de los ríos, topografía natural con aplicación á puentes y caminos, corrientes de los vientos dominantes y épocas de las principales lluvias en cada localidad, y encomendándose á los Sres. D. José Arrau y D. Mariano de la Paz Graells, respectivamente, los estudios de historia social é historia natural, todo sobre la base noble y meritoria de ejecutar graciosamente dichos señores sus arduos trabajos, con tal de que el Gobierno costeara tan solo los gastos de traslación y los útiles, resultó fracasado el propósito por no tener el Estado ningún recurso de que disponer en favor de una idea tan poco guerrera. El Gobierno de la Reina legítima de los unos necesitaba todo su dinero para comprar fusiles y cartuchos con que aniquilar las huestes del Rey legítimo de los otros; ya entonces, como hoy, le pasaba al Estado español lo que al sarnoso, á quien la constante necesidad de rascarse de sus pruritos no deja manos ni humor para ocuparse en cosas útiles.... ¡Qué desproporción entre las civilizadoras tendencias de aquellos académicos y las bárbaras luchas de aquellos partidos! Es verdad que España atravesaba entonces un período por todo extremo crítico y en el cual todo tenía su razón de ser, aunque no todo su plausible excusa.

Y henos aquí traídos, como por la mano, á la consideración de lo que era nuestra Barcelona en la época en que Agell salió al mundo social y político: consideración esencialísima de hacer en esta como en toda biografía; porque la época es al hombre lo que el fondo al retrato: una relación necesaria para que la figura humana se nos aparezca en su valor efectivo.

En aquel tiempo Barcelona, la histórica Barcelona, cerrada y precintada por sus soberbios muros, no ostentaba todavía su ensanche urbano, su ensanche material, su ensanche de argamasa y piedra que hoy, apenas bosquejado, causa ya maravilla á todos cuantos de fuera vienen á visitarla; empero ya ofrecía, á los ojos del observador perspicuo, su ensanche moral. Como convaleciente de los estragos que en sus intereses causara la espantable guerra de la independencia, había pasado bonancibles días encomendada á la paternal tutela de los Castaños y los Campo Sagrado, y bien como suele acontecer en toda convalecencia, que propende á hacerse indefinida si á tiempo no sobreviene algo de extraordinario que excitando el organismo

le advierta de su perfecto recobro, quizá Barcelona hubiera continuado por algunos años más en su apatía, si la inconsiderada mano del Conde de España (á q. D. p.), no hubiese venido á soliviantarle todas las fuerzas vivas. Este hombre singular no acertó á ver, con todo y su clarísimo ingenio, que el procedimiento suyo no era para domeñar sino para sublevar los bríos de una ciudad que ya en aquella época explotaba la iluminación por gas; que ya en aquella época llevaba hechos ensayos de pozos artesianos; que ya en aquella época, cuando Europa no soñaba aún con Exposiciones generales, las celebraba ánuas de todos los productos del país, por institución de nuestra veneranda Junta de Comercio, en esta Casa Lonja durante la octava del Corpus; que un país, en fin, que tiene tanta alma, tiene también muy susceptible su sistema nervioso; y así fué que, bajó la presión de aquel régimen despótico, todos los elementos del país se echaron á hervir de despecho, con tan buenas ganas que, así como ahora no se expone uno á declarar que es liberal sin añadir alguna explicación que tranquilice á los circunstantes, entonces el ser liberal constituía un preciado timbre de nobleza de espíritu. Crecía, sin embargo, la mala yerba, sin que por entonces se echara de ver, entre los liberales de corazón y de escuela. Al lado de hombres que, al par de Agell, tenían sentidas aspiraciones y deseaban lo que para el mejoramiento de las instituciones y de las cosas se debía en conciencia desear, habíalos, y no pocos, que, con gran despejo y ardimiento si, pero sin más filosofía ni más moral que las que se contienen en las *Ruinas de Palmira* y constituidos en anarquistas vergonzantes, se proponían encaminar las cosas de manera que la sociedad transigiese con la impiedad hasta *cierto punto*, con el robo hasta *cierto punto*, con el asesinato hasta *cierto punto*; siendo este *cierto punto* el medro propio y viniéndolo á realizar en aquella horrenda noche de la quema de los conventos y la degollación de los frailes, y sucesivamente con el incendio de la primera y única fábrica de vapor que entonces teníamos, y el asesinato y arrastramiento del general Bassa, con tal suma de horrorosos crímenes, que aún me parece imposible que fueran, como fueron, proyectados y cometidos por el miserable y ruin afán de adquirir después, por un puñado de oro, pingües é inmensas fincas.....; ¡horrendos crímenes, que á la edad de siete años ví por mis ojos perpetrar, y de que me avergüenzo, porque son un baldón para mi patria!

Tras un golpe tan rudo, Agell debió sentir, al par que todo hombre honrado, un desengaño profundo; y como quiera que su liberalismo era de convicción y no podía renunciar á esta convicción, ni

inmolar á ella su honor, formó con otros muchos desde entonces el bando de los liberales que se llamaron *templados* y que en buen lenguaje quería decir *liberales decentes*.

Menos penosa, por no decir más grata, fué la entrada de Agell en el mundo de las letras. Al par de la exaltación política de la vitalidad barcelonesa, notábase en el campo de las ciencias y las artes desusada animación. Honraban las ciencias morales hombres de la talla de Abellá, Rey, Miguel de Mayora, Próspero Bofarull, Martí de Eixalá, Marqués de Vallgornera, Torres Amat, Bertrán y Ros, Buxéres, Barret, Permanyer y muchos otros entre quienes se entrevé á Balmes, al despuntar de sus primeros albores; florecían en las ciencias físicas, naturales y médicas autoridades como Sangermán, Félix Janer, Drumen, Amotller y Ros, Roviralta, Gil, Castells, Picas, Ferrer y Garcés, Nadal y Lacaba, los hermanos Yáñez, Durán y Obiols, Hysern, Castelló, Salvá, Llobet y Valllosera, Vieta, Graells.....; brillaban en la esfera de las letras Aribau, Piferrer, Semis, Tió, Illas, Carbó, Llausás, Manuel Milá, Bergnes de las Casas, Brusi, Pí y Arimón, Subirana, Renart, Sanpons, Muns, Cortada, Bastús, Roca y Cornet, Monlau, Cabanyes....., y matizaba de nacarados celajes el horizonte de nuestro renacimiento la varia inspiración de artistas como Vilar, Clavé, Espalter, Lorenzale, Félix Ribas, Cerdá, los hermanos Ferrán, Bover, Cabanes, Pablo Milá, Arrau, Rigalt, Cuyás, Obiols, Carnicer, Vilanova, Mateo Ferrer y otros y otros, muchos de ellos en Italia educados y que, en orden al gusto, al espíritu estético, á la amplitud científica de principios y al progreso del método, prestaron á su madre Barcelona, al volver á su seno, servicio parecido al que Italia á su vez recibió un día de los proscritos de Grecia.

Sorpresa y maravilla á un tiempo causa, en verdad, contemplar tales medros en esta Barcelona, presa entonces, todos los días, literalmente, señores, todos los días, de espantosos paroxismos políticos, en que el incendio, el asesinato, la sublevación militar, las barricadas en las calles más céntricas, parecían destruir sus fuerzas vivas; empero tal es la condición de los organismos jóvenes. Entonces Barcelona social y política renacía; y bien así como el niño que al través de grave y larga enfermedad y á despecho del rigor del régimen y del castigo de los remedios, crece en el lecho del dolor y medra en facultades intelectuales, porque lo esencial de su edad es progresar, así también aquella sociedad renaciente salía siempre gananciosa de los más tremebundos altibajos.

He aquí, señores, trazado á grandes pinceladas el fondo social y

político en que Agell aparece al entrar en su múltiple vida pública, rechazando con todos sus bríos lo malo y afiliándose con toda su alma á lo bueno que aquella época daba de sí. Como político español, trabajó siempre por la libertad bien entendida y por honrados y legales medios alcanzada: como ciudadano barcelonés, contribuyó con admirable eficacia al desenvolvimiento de cuantas instituciones podían enaltecer y mejorar nuestra condición; y como pensador catalán coadyuvó, como el que más, á crear entre nosotros una civilización indígena, una filosofía y un arte de color local, imprimiendo á sus trabajos espontaneidad, novedad y vida propia.

Para cerciorarnos de si las miras de Agell fueron real y verdaderamente las que le atribuyo, no hay más que reanudar el interrumpido hilo de su biografía.

A principios de 1834 había merecido Agell el título de socio de honor de la Academia de Ciencias de Madrid, en virtud de una luminosa Memoria que le dedicó; y luego de su regreso á Barcelona emprendió una serie de importantes experimentos sobre capilaridad, endósmosis y electroscopia atmosférica, concluyendo los trabajos científicos de aquel año con la invención de un aparato electrométrico de precisión que importaba un progreso positivo en la ciencia de su tiempo. Fué el caso que, como Agell notase que la balanza de Coulomb, en boga entonces para los experimentos delicados, no reunía bastantes condiciones de exactitud para que las observaciones de electrometría empírica, recogidas por medio de ella, constituyesen base de cálculo, no paró hasta inventar su nuevo aparato que, acompañado de la correspondiente Memoria, presentó á la Academia de Ciencias y Artes, obteniendo la más brillante aceptación. Y en efecto, el Electrómetro de Agell es de una susceptibilidad y precisión extremas.

Y tan vivo era el entusiasmo que del espíritu de Agell se había señoreado, que durante aquel horroroso año de 1835, á que antes me he referido, su actividad dió de sí para ejercer gratuitamente la cátedra de Mecánica teórica que la Academia de Ciencias y Artes le confirió en propiedad;—para presentar á la misma (7 de enero) una luminosa *Memoria acerca de los motores mecánicos*;—para sustituir la cátedra de Física de las Escuelas gratuitas que la Junta de Comercio sostenía en esta Casa Lonja;—para desempeñar con gran fruto el cargo de Vocal de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, en la que ingresó en 23 de febrero y fué más tarde Director y Presidente;—para ejercer con celo las funciones de miliciano nacional, mucho más serias y arduas que lo son hoy en día;—para cuidar,

en unión con D. José Catalá, de la preparación y arreglo de un Observatorio meteorológico;—para atender al cargo de revisor de la Sección de Electricidad de la Academia de Ciencias naturales y Artes,—y finalmente, para emprender y llevar á cabo, como académico, y por disposición gubernativa, en compañía de los Sres. Arrau, Llobet, Montmany y Pi y Arimón, la meritoria empresa de recoger, de las ruinas de los conventos, los libros y los objetos de arte y arqueológicos que de las llamas y el saqueo de la noche de Santiago se hubiesen librado; habiendo podido la comisión secuestrar 137.000 volúmenes importantes, que formaron luego la base de la Biblioteca de San Juan, y gran número de objetos que hoy figuran respectivamente en la Escuela de Bellas Artes y en la Academia de Buenas Letras.

Tras de aquel año de febril actividad (á principios de 1836) sobrevinole á Agell, por vía de asueto, con el despacho de teniente de artillería de la Milicia nacional, bajo el mando inmediato del capitán de compañía D. Pascual Madoz, la orden de salir destacado á Manresa, ofreciéndosele á la vuelta una ocasión de mostrar su sereno valor, en la refriega que tuvieron con una respetable columna carlista.

Entrando (á 2 de abril de 1837) ingresaba Agell en la Sociedad del Fomento de la Ilustración de Barcelona; en 30 de junio absorbía el interés de la Academia de Ciencias con el descubrimiento y la exposición teórico-experimental de nuevas leyes de Electrodinamia, leyendo en la misma sesión el relato descriptivo de la aurora boreal que en nuestras regiones apareció el 18 de febrero del propio año: cuando he aquí que, apenas descansado de sus nuevas y pacientes investigaciones, fué promovido á la municipalidad, en la que desempeñó el cargo de Síndico casi todo el tiempo que duró el mandato. Entonces fué cuando, á favor del prestigio que á su personal iniciativa añadía el carácter de concejal, logró que se realizara la reforma de la cárcel pública de Barcelona, tal y como desde 1835 la había concebido, al girar su visita de inspección á los conventos en busca de libros y objetos de arte, es decir, trasladando dicha cárcel del insano y ruin lugar, en que de antiguo se hallaba establecida, al bien situado y flamante exconvento de Seminaristas. Auxiliáronle en esta empresa los Sres. Codina y Arrau, y además el arquitecto milanés Francisco Brocca, uno de los dos hermanos de este nombre que tanto se distinguieron por su amor á Barcelona y por la protección que en Milán solían dispensar á los viajeros catalanes durante los tiempos en que la administración tudesca hacía enojoso y expuesto el tránsito por la Lombardía. Es por tanto, un deber de cor-

tesía y gratitud dejar consignado que el caballero Brocca, en unión con nuestro ilustrado Arrau, compuso y desarrolló gratuitamente los planos de reforma del edificio de los Seminaristas para acomodarlo al nuevo destino que D. Juan Agell se había propuesto y logró darle.

Del precitado milanés, que de vuelta de un viaje á Inglaterra había hecho escala en Barcelona, obtuvo Agell en 1838 el modelo en miniatura de un aparato electro-motor ideado por un físico del Reino Unido, en vista de cuyo facsimile ejecutó nuestro infatigable profesor una máquina de grandes dimensiones, modificada ventajosamente y de la que pudo demostrar notables resultados, bien que, con todo y los perfeccionamientos que en ella Agell introdujo, no se prestaba á la utilización ó aplicación industrial por la invencible veleidad con que las corrientes de las pilas del electro-imán se producía. A este trabajo, que llamaré de importación, siguió muy de cerca una *Memoria original sobre la Dinámica de la electricidad obtenida por frotación*; trabajo luminoso, como todo lo que de la inteligencia de Agell salía, y que apareció en el *Boletín de la Academia* correspondiente al mes de junio de 1840.

Sobrevino por aquellas fechas la catástrofe de Moyá, barbaridad de los carlistas que sembró el pánico, ó mejor dicho, un fundado terror en la baja Cataluña; y como se juzgase necesario, urgente dar conocimiento verbal y exacto del estado de las cosas al generalísimo Espartero, que á la sazón se hallaba en su cuartel del Más de las Matas, y para ir á tan expuesta visita al través de los vivaques de amigos y enemigos (que en tiempos de guerra civil allá se van), conviniese nombrar comisionados de absoluta confianza, Cataluña, que nunca se muestra más discreta que en aquellos momentos supremos en que muchos otros países pierden el juicio, tuvo el buen acuerdo de comisionar para ir al Más de las Matas á D. Juan Agell y á D. Félix Barba, otro de los más perfectos varones que he conocido.

Juntos salieron Barba y Agell en busca de Espartero, y al través de impensados azares, gravísimos peligros, extremas privaciones y no pocos dispendios y quebrantos, serenos llegaron al cuartel general y sanos y salvos volvieron, habiendo cumplido con voluntad de hierro su mandato y logrado el fin propuesto.

En la misma época fundó Agell, en unión con otros amigos de su probada confianza, la Caja de Ahorros de esta capital, caja en cuya administración logró elevar el interés hasta el cuatro por ciento, y acerca de cuyo alto mecanismo había concebido un plan cuyos detalles no he podido conocer en concreto á la hora en que escribo, pero

que, según la ilustradísima opinión de personas como el excelentísimo Sr. D. Miguel Clavé y mi estimado amigo y digno Presidente de la Comisión que en este sitio nos tiene convocados, D. Manuel Durán y Bas, era un plan bellissimo, ideado sobre la base del empleo del capital de imposiciones en obras beneficiosas para los mismos imponentes y emprendidas á partido seguro, ó sea sin exposición á quiebras ni quebrantos de ninguna especie.

Durante el año de 1840 fué por primera vez D. Juan Agell elegido Diputado á Cortes por esta provincia, habiendo militado en ellas por los principios liberales templados, que él creía conciliables con nuestras condiciones de lugar y tiempo. De vuelta de aquella legislatura, fué D. Juan Agell nombrado Catedrático propietario de Física experimental en el Instituto Barcelonés (30 de septiembre de 1841), cargo que desempeñó por espacio de dos años, en tanto que, como simple alumno, ampliaba sus estudios de Zoología y Botánica en las clases del renombrado colegio de Carreras, establecido entonces en el centro de la ciudad antigua (del cual por dilatados años fué profesor de Física), y simultáneamente desempeñaba el cargo de Vicepresidente de la Academia de Ciencias Naturales y Artes, en cuyo seno, y no obstante el derecho que á la abstención de laborear le daba la autoridad de su cargo, presentó durante el mes de noviembre dos importantes trabajos, uno de ellos teórico-experimental *sobre la aceleración de los líquidos por la electricidad en los tubos capilares*, y el otro acerca *de la influencia de los diafragmas en la transmisión calorífica de los líquidos*.

A este año de la vida de Agell (1841) imprime carácter el hecho de haber tomado estado. El día 2 de junio casó con la señorita doña Francisca Solo y Deulofeu, hoy su proveyta viuda, que no cesa de llorarle, y á quien para consuelo Dios ha dejado la compañía de un hijo, al que no sé desear mejor fortuna que el eficaz recuerdo de las virtudes de su padre, y una hija que, en medio de su dolor, no poco afortunada es con tener tan buena madre por consejera. Los tres saben bien cuán sincero y constante es el afecto que les profeso, y cuán imposible me había de ser pasar por junto á ellos en este relato sin dirigirles mi salutación cariñosa.

Al través de la serie de atenciones á que Agell daba el abasto desde la fecha en que, con motivo del modelo que el caballero Brocca le trajo de Inglaterra, se ocupaba en la electromoción, no se había desvanecido nunca en aquél la idea de coadyuvar á la resolución del capital problema en que se esconde todo el porvenir de la mecánica; y, en efecto, á fines de 1842 presentó á la Academia de Ciencias, que

bien podía Agell llamarla señora de sus pensamientos, un aparato electromotor de su invención, acompañándolo con una *Memoria sobre electro-magnetismo, considerado singularmente bajo el aspecto de potencia utilizable*. El aparato de Agell que, junto con los demás por él inventados ó modificados, se conserva en el gabinete de Física de la Facultad de Ciencias de esta Universidad, fué de señalado mérito en su época y llamó grandemente la atención de todas las personas ilustradas, pues se le vió funcionar con mucha regularidad, dando de 60 á 80 revoluciones por minuto, durante los días (6 y 7 de noviembre) en que la Academia lo tuvo expuesto al público en su local de casa Cordellas. Por aquellas mismas fechas fué nombrado D. Juan Agell vocal de la Junta provincial de Beneficencia.

Al llegar á este punto, señores, encuentro un claro en las notas ó apuntes que constituyen el armazón de esta biografía. Por mi parte, este claro me lo explico muy bien. Acababa de estallar la revolución de 1842, llamada entre nosotros de la *jamancia*; en ella el Regente del Reino ponía en ensayo la táctica antirrevolucionaria por él inventada de hundir ciudades para ahorrar soldados y bombardear al justo por el pecador; aquella táctica por la que se le devuelve al ciudadano pacífico, en proyectiles huecos, la contribución que pagó para la protección de su vida y su hacienda; aquella táctica que por lo cómoda y socorrida se ha propagado ya por todos los pueblos latinos; aquella táctica perfectamente análoga á la que pudiera adoptar un jefe de sanidad que, deseoso de librar del contagio al personal facultativo de su dirección, mandara buenamente rociar con agua fuerte ó cosa parecida el cuerpo de todo apestado, para de esta manera acabar pronto con el mal acabando con el enfermo, siendo así que médicos y militares, y otros y otros públicos funcionarios, venimos obligados, por más que seamos hijos de madres, á morir cuando el deber nos lo imponga, ya en aras de la caridad, ya de la autoridad, ya de la justicia..... El efecto que en Agell hubo de producir aquella situación, lo imaginaremos perfectamente; él no podía abonar la conducta del bombardeador de Barcelona, ni por tanto coadyuvar á su causa; él tampoco podía, perspicaz como era, aceptar las tendencias de aquella revolución que en definitiva había de llevarnos al régimen moderado neto. Contentóse, pues, con mantenerse, como político, arma al brazo, en su puesto de ciudadano independiente y muy curado de espantos, como lo probó en seguida, cuando á raíz de aquellos sucesos le llamó Seoane, según veremos más adelante.

Pasado aquel conflicto (en 17 de enero de 1843), reaparece á la

vida pública como vocal de la Junta de Comercio, y elevado otra vez al municipio, funcionando en él como Síndico, y luego hasta 1845 como Regidor.

Llegamos en esto á 1844, época en que tuve el gusto de conocer á D. Juan Agell, aunque él no se fijó en mí, pues no había para tanto. Entre mis condiscípulos de Filosofía había corrido la especie de que en la Lonja estaba dando lecciones de Física un catedrático muy bueno; y por aquel afán, tan natural en los estudiantes, de ir á la zaga de los mejores maestros, á la Lonja corrimos á oír á D. Juan Agell que acababa de encargarse de la cátedra de Física aplicada á la industria. La impresión que su enseñanza nos produjo fué excelente. El joven profesor había comprendido que en aquel período y estado de la cultura barcelonesa era menester dar á la exposición de los fenómenos físicos cierta prudente intervención del cálculo algebraico que, al par que imprimiera á la Física un carácter más científico, la conservara perfectamente comprensible para la generalidad de los alumnos, que no tenían aún hábitos formados del alta Matemática. Era Agell, en una palabra, considerado como autor, un término medio entre Despretz, todo fórmulas, y Pouillet, todo observación empírica; y cito á estos dos autores, porque eran entonces los de más boga entre nosotros.

No era posible que un profesor de tales prendas y que por tan seguro camino enderezaba las reformas, pasase mucho tiempo sin ingresar en el claustro universitario; y así fué que, habiendo Agell rehusado aceptar una cátedra en Madrid con que el Sr. Marqués de Vallgornera le brindara, vióse más tarde impelido á aceptar (en 28 de octubre de 1845) la de Química general de esta Universidad literaria.

Por obligada consecuencia de su elevación á esta nueva dignidad hubo de revalidarse muy pronto (10 de noviembre) de Bachiller en filosofía; luego (8 de febrero de 1846) de Licenciado en ciencias, y en seguida (1.º de junio) de Doctor en la propia facultad.

Agregadas ya á su complexa vida las funciones del profesorado oficial, D. Juan Agell no tenía vagar, no sosegaba un punto; y así se nos aparece sucesivamente, desde 1845 á 1854, Secretario de la Facultad de filosofía;—Vocal del Consejo de disciplina; miembro corresponsal de diversas sociedades;—comisionado por el Sr. Rector para la inspección de las Escuelas Pías;—Censor de un tribunal de oposiciones á una cátedra de Ideología y Lógica;—comisionado por el Ayuntamiento para examinar los aparatos de alumbrado general por gas;—enviado por el Rector á una especial comisión á Tarragona;

—comisionado universitario á las Islas Baleares;—Vocal de la primitiva Junta minera de San Juan de las Abadesas;—Teniente de Alcalde;—Vocal de la Junta provincial de Beneficencia;—Director reelecto de la sección de ciencias físico-matemáticas de la Academia;—individuo de la Junta de creación de Bibliotecas;—Vocal de la Junta directiva de la Comisión de fomento para la remisión de objetos á la primera exposición internacional londinense;—individuo de la comisión de observación y estudio del eclipse de 1851;—socio protector de la Asociación de socorro y protección á la clase obrera y jornalera, de la que luego fué Presidente;—decano interino de la Facultad de filosofía, en sustitución del Dr. Vieta, que regentaba el rectorado vacante;—y colaborador infatigable, además, de todas aquellas corporaciones á que ya con carácter permanente pertenecía, como la Económica y otras varias antes mencionadas; siendo los más notables hechos de la vida de D. Juan Agell, en este período:

1.º La Memoria que en 29 de noviembre de 1845 presentó á la Academia de Ciencias y Artes acerca de los *Progresos y el estado de actualidad de la telegrafía eléctrica*, acompañada de un modelo de telégrafo de su invención, cuyos ensayos dieron excelente resultado; y otro nuevo trabajo acerca de la *Electrodinamia y deducción de fórmulas para calcular todos los casos que puedan presentarse*, demostrando en él la inexactitud de la ley de Lanne y la corrección á que deben sujetarse los instrumentos y los experimentos que en ella se funden: siendo publicada la primera de estas memorias, junto con otra notable del Dr. Salvá, en el *Tratado de Telegrafía eléctrica* del distinguido oficial de ingenieros Sr. D. Ambrosio Garcés de Marcilla.

2.º La parte activa que Agell tomó en la creación del Instituto industrial de Barcelona, á cuya Junta directiva perteneció en 1850.

3.º Los relevantes servicios que prestó como individuo de la Junta auxiliar de Cárceles, en la que ha dejado nombre imperecedero.

4.º La presentación en octubre de 1849 de otra *Memoria sobre Electrodinamia*.

5.º Su memorable iniciativa en la dirección del ferrocarril del Norte.

6.º Y finalmente, su vuelta á las Cortes en la crítica legislatura de 1853, elegido por esta misma provincia.

El año de 1854, memorable en los anales de España por un alzamiento que marca bien la transición de nuestras históricas revoluciones políticas á las modernas revoluciones socialistas, nos ofrece á Agell tomando activa y obligada parte en aquellos sucesos, cuando

acababa de ser elevado á la categoría de catedrático de ascenso por sus méritos (cosa que no es tan frecuente que no merezca mención), y mientras se disponía á tomar parte en los trabajos preparatorios para la inmediata Exposición universal de París. Hecho el pronunciamiento de julio, accedió á figurar en la Junta de Gobierno que se organizó en esta ciudad y que hubo de hacer frente á tres conflictos á cual más grave: el que siempre trae consigo una revolución por el solo hecho de ser revolución; el que se originó desde luego por la actitud y las tendencias de nueva forma que ciertas masas de jornaleros mostraron; y finalmente, el que con sus fatales indicios comenzaba á crear el cólera morbo asiático.

En tan difícil situación, D. Juan Agell, certero y práctico como siempre, pudo recabar de la antigua amistad que con el Capitán general D. Manuel de la Concha le unía, que la superioridad encargase á D. Pascual Madoz el gobierno civil de esta provincia. Logrólo, en efecto; y bien sabe todo el mundo cuán atinado anduvo Agell en su empeño, por los buenos recuerdos que el Sr. Madoz (q. e. p. d.) dejó de su activa, discreta y animosa administración.

Recompensado con usura se contempló Agell con la íntima é inefable satisfacción que le valieron los buenos servicios que á la causa del orden, de la propiedad y de la salud pública pudo en aquella sazón prestar, de modo que, concluido aquel período, se le ve entrar otra vez tranquilo y sin pretensiones por las puertas de la Academia de Ciencias naturales y Artes, con su rollo de papeles en la mano que contenía otra nueva *Memoria sobre Electrodinamia*; y seguidamente le hallamos reanudando el hilo de sus interrumpidas tareas en la comisión de fomento de la Exposición de París; le hallamos en 28 de noviembre de 1855 ingresando en la Junta de gobierno de la Casa de Maternidad y Expósitos, para dejar allí, á vuelta de muchos años de perseverancia y atinado celo, un indeleble rastro de su paso y un perpetuo motivo de gratitud; le hallamos entrando de socio residente en el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, uno de los cuerpos más útiles que la sociabilidad de este país ha sabido crear; le hallamos, en fin, en el año 1856 (aparte de otras muchas citas que para abreviar omito), elevado á la dignidad de Decano de la Facultad de filosofía, muy luego transformada en Facultad de ciencias en virtud del plan de 1857, llamado, entre profesores, *plan de Moyano*.

En el mismo año de 1857, D. Juan Agell volvió á ser elegido Diputado á Cortes por Barcelona: fué esta la última legislatura en que tomó parte. La unión liberal era ya adulta; ya las malas pasiones

carcomían su corazón; ya era ingrata para con los que la bienquerían. Oigamos á Mañé y Flaquer en un párrafo del sentido artículo necrológico que á raíz de la muerte de Agell publicó en el *Diario de Barcelona*:

«Lo que sí debe causar extrañeza es que, con una ingratitud incalificable, cuando triunfó el partido del cual él había sido instintivamente uno de los primeros fundadores, se le negara la representación de un distrito que le conservó el partido moderado, á pesar de sus actos de independencia como diputado.

«Un hombre vulgar, tomando consejo del despecho y ocasión de la ingratitud, se hubiera ido á la oposición ó á lo menos se habría retirado al Monte Aventino de la vida privada. Agell, para quien los intereses ó las pasiones personales nada significaban y nada podían cuando se trataba del interés público, lejos de adoptar aquella conducta, que pocos hubieran reprobado, trabajó con ahinco por el triunfo de los candidatos que le reemplazaban y prestó constantemente su decidido apoyo, sin articular la menor queja, á aquella situación que tanto le debía y que tan mal recompensaba sus sacrificios.....»

Apartado luego de la política, no por falta de voluntad ni de bríos, sino porque la política se apartaba de él, y atendido á su actividad social libre, fecunda é inagotable, siguió D. Juan Agell trabajando en las juntas y comisiones que de continuo reclamaban su experto consejo, ora en lo administrativo, ora en lo científico, ora en lo económico, ora en lo esencialmente filantrópico, como, por ejemplo, las tareas del Instituto llamado de Africa, ó de la abolición de la esclavitud, de que formó parte; ofreciéndosele en medio de estas tareas, de suyo tranquilas, una ocasión en que recordar que nada había perdido de su firmeza é independencia de carácter, á pesar de la temible coalición que contra él sostenían el tiempo, la fatiga y los desengaños: y fué que, ejerciendo la presidencia en la Sociedad Económica barcelonesa de Amigos del país, y habiendo el Gobierno inferido á este benemérito Cuerpo una ofensa grave, protestó Agell con entereza ante el Gobierno mismo, dejando bien puesta la dignidad de la corporación, cual convenía, y retirándose de ella acto continuo con otros setenta y ocho socios que le siguieron.

Mas como era Agell de condición tal, que hasta en su despecho se mostraba fecundo, aprovechó la circunstancia de que tantos compañeros suyos de valía se hallasen en su caso, para promover y realizar el pensamiento que años atrás revoloteaba por la imaginación de varios de ellos: aludo á la fundación del Ateneo Catalán, florón bri-

llante de la condal corona barcelonesa y emporio de las ciencias, las letras y las artes en sus manifestaciones sociales: corporación de la que D. Juan Agell fué el primer presidente y el único socio que, en los once años de existencia que el Ateneo Catalán lleva, ha ocupado dos veces aquel superior lugar.

Y como si temiera Agell que el paternal cariño que al Ateneo mostraba pusiera celosa á su siempre amada Academia de Ciencias y Artes, fué y dedícole una excelente *Memoria sobre la correlación y transformación de las fuerzas físicas* (6 de diciembre de 1860); tema de actualidad para los físicos en aquel período, como lo es aún en el presente, y por el que Agell mostró hasta el término de su vida predilección muy señalada.

En el mismo año de 1860 fué Agell nombrado Director en comisión de la Escuela Industrial; cargo que, salvo un breve período, desempeñó hasta su fallecimiento, pudiendo asegurarse que á sus esfuerzos debemos la conservación en nuestro laborioso principado de tan importante y para nosotros vital institución, que ineptos ó malvados covachuelistas habían intentado suprimir de una plumada.

Hasta esta época de la vida del Sr. D. Juan Agell no tuve el gusto de tratarle personalmente y honrarme con su amistad, que fué de día en día más íntima. De meras relaciones de lugar al comercio científico, de éste á la amistosa confianza, y de esta clase de confianza á la fe médica más completa, permitiómeme el Dr. Agell gozar de todos los grados y en todas las formas de su simpático trato, habiendo recibido de él el encargo de atender á la salud de su apreciable familia con ocasión de un incidente que creo del caso referir, porque determinó de un modo visible el primer resbalón de nuestro malogrado amigo hacia la fosa. Escaso tiempo hacía que él lloraba la pérdida de una niña suya, muerta de resultas de un golpe en la cabeza, cuando su hijo Juan, hoy (á D. g.) lleno de vida, ofreció, á poco de haber recibido por extraña coincidencia una fuerte contusión en la propia parte, un conjunto de síntomas análogos á los que su tierna hermanita presentó como precursores de su muerte.

De lo que D. Juan sufrió ante la perspectiva de perder á su hijo, no pretendo dar idea, porque los dolores de un padre no son para descritos; diré tan solo que en su tribulación me consultó, y que por más que yo le aseguraba, después de un detenido examen, que podía tranquilizarse, que todos aquellos fenómenos, si bien extraordinarios, derivaban de causa verminosa, exagerada por el temperamento, y que me dejara hacer «que todo se andaría», él, por la condición misma de su mucha ilustración, que en aquel caso se trocaba en su

mayor tormento, luchaba de continuo entre la confianza que mi serena actitud le inspiraba y el desaliento que la analogía de los accidentes del niño y de la niña le infundía, procurando, en medio de todo, ocultarme, discreto como era, su indecible y mal reprimida zozobra. Llegó, por fin, el día de llevarle á demostración material la verdad de mi diagnóstico, y el buen padre recobró su felicidad. Empero, si nunca el bien llega tarde para hacernos dichosos, no siempre llega á tiempo para remediar los descalabros que la incertidumbre de su venida causó en nuestra organización. Ello es que D. Juan Agell, después de aquella angustiosa y larga crisis, no era ya el mismo de antes.

A despecho, sin embargo, de tan rudo quebranto en su vida privada no menguó para la pública su característica actividad. Yo le ví después formar parte de jurados de oposiciones; le ví ejercer el cargo de vocal de la Junta de obras de la nueva Universidad; le ví hacer la brillante oración inaugural del curso académico de 1863 á 1864; le ví aceptar el tan honroso cuanto pesado cargo de Rector del claustro universitario, por ascenso del Ilmo. Sr. D. Víctor Arnau al puesto de Director de Instrucción pública, y desempeñar con aplauso unánime su difícil tarea hasta que, cesante el Sr. Arnau, cedióle Agell su primitivo puesto, volviéndose á su Decanato de Ciencias y á su Dirección de la Escuela Industrial; le ví dar en el Ateneo Catalán unas notables lecciones dominicales de Física popular; le ví presidiendo la comisión nombrada para honrar la memoria de nuestro insigne Buenaventura Carlos Aribau y perteneciendo á la creada para pagar tributo á la fama del eminente Permanyer; le ví también tomando parte activa en comisiones del servicio municipal; le ví galardonado con diversos títulos verdaderamente honrosos, como el de socio honorario de la Real Academia de Buenas Letras; le ví proseguir con un empeño desproporcionado al estado de sus fuerzas físicas sus importantes investigaciones sobre resistencia de materiales.....; empero un día su organización le dijo á su alma: «Basta ya de exigencias despóticas; estoy estropeada.....; no puedo más.»

Aquel día, que era el 14 de marzo de 1868, D. Juan ya no se levantó. Al acudir yo á su llamamiento sospeché que, á pesar de la edad del enfermo y de los más salientes síntomas de la afección, se trataba, en el fondo, de un tributo pagado á la constelación variolosa en aquella sazón reinante, y dado este juicio, que se apoyaba en un signo característico, no hay para qué decir hasta qué punto fué grande mi alarma, porque no era tan solo la consideración de la edad, sino también la del decaimiento accidental del sujeto lo que

imprimía gravedad al caso. De acuerdo con el eminente práctico doctor Picas, cuya reciente pérdida lamenta hoy la Medicina patria, y cuya autoridad me confirmó en el plan de tratamiento que yo me había propuesto seguir, defendí al enfermo cuanto pude; mas todo fué inútil. Vencida sin dispendio de fuerzas la falsa pulmonia con que se inauguró la enfermedad, aparecieron varias pústulas de viruela en la tabla del pecho y una que otra en el rostro; pero luego, faltando en aquella organización el vigor expansivo necesario para determinar en toda la cabeza una regular erupción, se iniciaron síntomas cerebrales de carácter congestivo atónico, que invadiendo con desesperante pertinacia, primero las membranas y luego la deleznable substancia de aquel órgano por entre cuyas mallas el alma se contempla á sí misma, rige al cuerpo y juzga al mundo, acabó con la preciosa vida de nuestro estimado amigo, entregando éste su espíritu cristianamente al Criador á las doce y media del día, cuyo recuerdo forma el punto inicial de este discurso..... ¡Que Dios le albergue en su beatísimo seno!

Creo, señores, que por imperfecto que sea el bosquejo que de la íntegra vida del Sr. D. Juan Agell acabo de trazar, fácil es reconocer que su muerte implica la pérdida, no de uno, sino de muchos hombres, dignos todos, muy dignos de ser llorados.

En Agell hemos perdido un perfecto profesor. Puesto en la cátedra, él dominaba su asignatura, él dominaba el método expositivo, él dominaba el procedimiento experimental, él dominaba dulce y eficazmente la inteligencia y el corazón de sus discípulos. Puesto en el claustro profesional, él comprendía las cuestiones administrativas; él sugería los más útiles acuerdos; él abogaba siempre por los fueros académicos; él impelía á todos hacia las más fecundas reformas, y á todos enlazaba en fraternal concierto. El Instituto Barcelonés, esta veneranda Casa Lonja, la Escuela Industrial, la Universidad literaria son de esta verdad testimonios fehacientes.

En Agell hemos perdido una entidad científica importante. Bajo el punto de vista que llamaré material ó del objeto de la ciencia, fué un investigador activo, hábil, original, perseverante y de intuición poderosa, es decir, dotado de aquella facultad de inducción rápida que, procediendo por hipótesis bien fundadas, al interrogar á la naturaleza fecundiza el experimento antes de practicarlo y obtiene siempre de él un positivo resultado, pareciéndose en esto los verdaderos naturalistas á aquellos jueces de instrucción dotados del singular tino de conducir sus indagatorias (verdaderos experimentos morales) de manera que la atinada forma de las preguntas garantice

siempre la luz de las respuestas, porque las más de las veces, señores, descubrir no es más que adivinar.

Y por lo que dice al orden moral de la ciencia, no era Agell de aquellos que dislocando los fines del saber intrigan para que la materia niegue la verdad de las más sublimes intuiciones del espíritu, ó, al contrario, impregnan de cierto teologismo dogmático la ciencia de los hechos físicos, desnaturalizándola en su mecanismo y alarmándola en sus progresos. ¡No! D. Juan Agell era un físico que, persuadido de que la ciencia, ó es investigación ó no es nada, y de que la verdad, ó va derecha á Dios ó no es tal verdad, cultivaba tranquilo el campo de la ciencia fenomenal del mundo sensible, sin curarse más que de la depuración de lo cierto y de la aplicación de lo bueno y provechoso.

En Agell hemos perdido un administrador modelo. Integro como el que más, añadía á esta prenda otra sin la que un administrador podrá ser moral y ordenado, sí, mas no fecundo y progresivo. Esta otra dote es la perfectibilidad, ó sea la afición y aptitud de mejorar las cosas. Ahí están las cárceles, la Casa de Maternidad, la Sociedad Económica, el Municipio, la Academia, la Caja de Ahorros, la Escuela Industrial, la Junta de Comercio, la Universidad y tantas otras instituciones en cuya gestión Agell ha figurado, y en cuyos archivos y organización quedan para siempre los rastros administrativos de nuestro malogrado compañero.

En Agell hemos perdido un productor incomparable, porque además de propender su inteligencia al desenvolvimiento de la producción inmaterial, como lo es la creación de instituciones civilizadoras y la difusión del progreso científico, suerte de producción reconocida hoy como la más excelente en buenos principios económicos, trabajó siempre en bien de sus conciudadanos, nunca en provecho propio, que es lo que constituye el ideal del productor cristiano. Y así fué que Agell, al morir, dejó á Barcelona rica, riquísima, gracias á los afanes y cuidados de él y demás compañeros de cívicas virtudes, mientras que á su propia familia no le ha legado otra riqueza adquirida por él que el lustre de su nombre, tesoro de gran valor, es cierto, pero que representa, no la explotación de sus facultades, sino los intereses aglomerados de sus virtudes.

En Agell hemos perdido un político de buena ley, precisamente cuando apenas queda ley buena ni mala para los políticos. En el orden intelectual de la política, nuestro antiguo Diputado á Cortes era hombre de pocas palabras y muchas obras; miraba la gestión de la cosa pública, no como una ciencia, que vive de la discusión, sino como

un arte, que se alimenta de los acuerdos prácticos. Así fué cómo, en medio de su retraimiento de la tribuna, obtuvo siempre la alta estimación de los primeros estadistas de su tiempo, y cómo pudo ser, y en realidad fué, uno de los primeros iniciadores y organizadores del partido llamado de la *Unión liberal*, no de la que en Madrid anda hoy buscando atareada su genealogía y su blasón que ella misma destruyó al nacer, sino de la que en Cataluña, al par que en todas las demás provincias se formó, como expresión de una necesidad de aquellos tiempos y con la flor de la juventud más ilustrada y bienquista. En el orden moral, la integridad política de D. Juan Agell no hay para qué proclamarla, pues bastante la acreditan los pasos de toda su vida. Jamás se enfangó en el inmundo pantano del utilitarismo en que se están sumiendo y ahogando, por momentos, las réprobos muchedumbres de nuestros bandos de todo color y ralea. Hay más: un sentimiento de justicia dominaba en él todo interés de bandería, de lo cual dió pruebas en reiterados casos, como, por ejemplo, aquel en que, airado porque los de su propio partido habían puesto en la calle á un dignísimo alcaide de las cárceles públicas, sin más razón ni motivo que el de pertenecer al partido opuesto, presentó Agell su dimisión del cargo que en la Junta de Cárceles desempeñaba, imponiendo como irrevocable condición para retirarla, la pronta reposición de aquel celoso funcionario.

Y por lo que toca á las opiniones políticas de Agell, consideradas intrínsecamente, diré que si bien es cierto que durante su vida fué pasando gradualmente de progresista neto á liberal templado y de esto á conservador liberal, eso mismo le abona ante el concepto público, dado el desinterés con que siempre obró; puesto que, siendo en puridad la política progresista, tomada en serio, un sistema de educación popular, parece natural que cuando el pueblo no acierta á aprender la lección del día y olvida la de ayer, se tome el acuerdo de obligarle á dar lección de repaso. Precisamente si Agell era tan recomendable político, lo era porque no se envolvía en razones, sino en lo que le inspiraba el sentimiento de lo justo y conveniente. No era como esos hipócritas farsantes que con aires de mártir van al parlamento á pedir la proclamación de aquello mismo que en confesión auricular nos declaran irrealizable.

En suma, D. Juan Agell, considerado como político, fué un tipo ejemplar y digno de imitación y respeto.

Empero la mayor pérdida que con la muerte de tan esclarecido ciudadano hemos experimentado es la pérdida de un carácter.—¡Un carácter! ¡Pues no es poco perder para generaciones como la nues-

tra, tan flojas y deleznable de ánimo y que ven desaparecer las almas de temple sin curarse de reemplazarlas por otras nuevas!—¡Un carácter! ¡Si un carácter es la efectividad del hombre! ¡Si un carácter es la única manifestación legítima del alma racional sobre la tierra! ¡Si un carácter es la subordinación de la materia al orden moral, la encarnación del deber para la realización del derecho, la distinción esencial entre la persona y la bestia! ¡Un carácter! Pues si precisamente cuando los caracteres menguan es cuando por el mundo se esparcen esas filosofías que parecen escritas por orangutanes ganosos de posición social, según en ellas se sostiene nuestro parentesco con ellos; filosofías que llevan enhiesta la bandera de la libertad deducida del apetito, motejando de tiránica é irracional la libertad deducida del deber; filosofías que son á la sociedad que las produce lo que los gases mefíticos al cadáver corrupto que los desprende, y cuyos explotadores aparecen, como las larvas de la *musca cadavérica*, royendo los despojos del muerto; filosofías, en fin, que si llegan á parecer razonables, es precisamente porque para salir aguardan á que la razón enigre de la tierra!

De carácter suele llamarse, por abuso del vocablo, al hombre que, por efecto de sus insanos humores ó de su mala educación, es capaz de sostener tenazmente su empeño, hasta matar ó morir, no por la razón en que éste se funde, sino por el solo hecho de ser su empeño; mas esto no pasa de una lamentable confusión ideológica del carácter, que es el temple de espíritu para dominarse á sí mismo, con la irritabilidad, que es un temple del cuerpo con que tratamos de dominar á los demás y lo logramos si son flacos de espíritu. Confundir estos dos modos de ser de la humana criatura vale lo mismo que llamar buen jinete á aquel que, montado en corcel de mucha sangre é ignorando las reglas de equitación, anduviese siempre expuesto á los antojos del bruto, incluso el de lanzarle por las orejas en los pasos de mayor empeño: confundiéndole con aquel verdadero jinete que, en fuerza de poseer el alta escuela, identifica con su voluntad la sangre, los nervios y los resortes todos del bridón en que cabalga; porque en verdad que un hombre no es más que un alma montada sobre un potro cerril, que es nuestro cuerpo, y todo el punto del ser hombre está en que vaya el potro por donde el alma quiere, no el alma por donde el potro la impele.

Y tan grande y capital es la diferencia que va de un hombre de carácter á un hombre irritable, por tenaz que éste sea, que siempre en la práctica de la vida el primero acaba por prevalecer sobre el segundo, sin que nunca lo contrario acontezca. Y si no, ahí está el

mismo Agell para acreditar lo que un carácter puede sobre la fuerza bruta. Cuando, en 23 de diciembre de 1842, el general Seoane exigía de los habitantes de Barcelona, en virtud de decreto del Regente, de 12 del propio mes, y por vía de alivio y compensación del bombardeo, un tanto alzado de doce millones de reales, verdadero despojo á mano armada que se intimó con el repulido nombre de *erogación militar*, habiéndole dicho el general Seoane á D. Juan Agell: «*Mandaré fusilar á usted y á todos los demás que como usted ejercen influencia en la ciudad, si mis órdenes no se cumplen.*» Agell le contestó sin inmutarse: «*Nuestra muerte no hará que V. E. cobre ni un real de lo que intenta cobrar. Exasperará al pueblo y se afirmará éste en su resistencia pasiva.*» Durante las horas de aquella noche los nombres de las calles y los números de las casas desaparecieron, y á la mañana siguiente, los soldados que en pelotones iban á cobrar el inicuo impuesto, andaban perdidos porque.... ningún vecino recordaba á punto fijo dónde vivía nadie. El resultado definitivo fué que á los pocos días Seoane se vió obligado, por una reacción de su propia conciencia, á llamar á Agell y pedirle que el Ayuntamiento y los delegados de las demás Corporaciones de Barcelona redactasen una exposición al Regente, suplicándole que dispensara á Barcelona del pago de la *erogación militar*, con lo cual, él, Seoane, tendría pie para apoyar la demanda, puesto que se había persuadido, al fin, de que esto era lo justo y conveniente.

Cuando el año de 1836 el Alcalde constitucional Vehils fué villanamente asesinado en la calle, supo D. Juan Agell pronta y secretamente la noticia, en ocasión en que bajo su presidencia la mesa electoral del salón de San Jorge comenzaba á verificar el escrutinio. Siguió adelante, á pesar de esto, la operación, sin que nadie echase de ver en Agell, cuya vida estaba en gran riesgo, la menor mudanza; solo cuando después de largo rato llegó el hecho á noticia de todos por la corriente de la pública voz y el desorden que en la ciudad se armaba, se vió que Agell estaba en antecedentes por esta fría declaración: *En realidad tenía ya noticia de ello; pero no me ha parecido regular suspender el escrutinio. Ahora, que ya lo hemos concluido, será prudente que nos retiremos.*

Interminable fuera este discurso si en él hubiese de consignar todos los rasgos de esta naturaleza que en pasos graves y peligrosos enaltecieron á Agell, considerado como un carácter, ó sea como una voluntad de hierro puesta al servicio de su deber. Por esto, más que por cualquier otro motivo, alcanzó D. Juan Agell aquel grado de respeto público que rayaba en veneración.